

Alberto Martínez Fausset) con dicha organización, asociación que no siempre fue real ni directa, pero que contribuyó a cristalizar una imagen de la institución como una entidad anacrónica, dependiente e ineficaz... y no científica» (p. 604).

No se sabe bien si por afán deconstrutor, prurito posmoderno o sencillamente porque poco o nada se ha coordinado en esta obra, esto es compatible con artículos que hablan de los protagonistas de esos años «no científicos» como de grandes intelectuales, incluso genios en la consideración de quienes escriben sobre ellos (D'Ors, Anglès, etc.). Claro que, en esos textos sobre protagonistas concretos, los autores sí parecen bien informados. Ahí quedan esas aportaciones, enmarcadas por unos textos de los editores que no pueden dejar de llamar la atención por su poco rigor. Puede ser que la relación entre ellos, parafraseando a Bellón, no sea «ni real ni directa», pero bien puede contribuir a cristalizar una imagen de la institución en 2010.

Pablo Pérez López

Alfonso PÉREZ-AGOTE, *Cambio religioso en España: los avatares de la secularización*, Madrid, CIS, 2012, 425 pp.

Este libro consta de dos partes. En la primera trata de dibujar un panorama general del cambio religioso en España durante las últimas décadas. En la segunda, ofrece una tipología de actitudes actuales de los españoles ante la religión o, más concretamente, ante el sentido de la vida.

En la primera parte (capítulos 2 a 4), el cambio social respecto a la religión se analiza según tres tendencias o lógicas distintas: la diferenciación funcional, la secularización individual y la crisis de la homogeneidad cultural.

La diferenciación funcional se refiere a la separación creciente entre Estado e Iglesia católica. La secularización individual consiste en el alejamiento de las personas singulares de la práctica religiosa y de la influencia de la Iglesia en la vida social. Esta secularización se ha dado en oleadas sucesivas: primero fue la oposición activa contra la religión y la Iglesia católica de ciertos sectores de la población española a finales del siglo XIX y comienzos del XX; después, con el desarrollismo y la generalización del consumo de masas, otra parte de la población entra en un proceso pasivo de pérdida de interés por lo religioso; la tercera y más reciente oleada de secularización se refiere a la generación actual de jóvenes que ostentan una ignorancia clara y una lejanía respecto a la religión desde una posición no agresiva sino, más bien, de tolerancia indiferente. Además, en la actualidad, la homogeneidad cultural del pasado va cediendo terreno a un mapa religioso cada vez más complejo y variado, en el que la religión católica comparte espacio con otras religiones que han crecido en España de la mano de la población inmigrante.

El cambio religioso se ilustra con datos extraídos principalmente de un estudio realizado por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en febrero de 2008. Se

presentan y comentan las respuestas que una muestra de casi dos mil personas dio a preguntas sobre la creencia en Dios, la devoción a los santos, la práctica religiosa (y su frecuencia), la educación de los hijos en la fe en casa y en la escuela, opiniones sobre determinadas leyes y prácticas sociales, confianza en las instituciones –incluida la Iglesia–, etc. En el capítulo 4 y en el Anexo 1 se dan datos abundantes e interesantes sobre estas cuestiones, su evolución en las últimas décadas y su variación en función de la adscripción a diferentes categorías socioeconómicas.

En la segunda parte del libro (capítulos 5 y 6), se ofrece un elenco de las actitudes más destacadas ante lo religioso que hoy se pueden encontrar en España. Son estas ocho: anticlericalismo suavizado, catolicismo tradicional, catolicismo de logro, catolicismo traumatizado, catolicismo vacío, catolicismo desengañado, los no católicos y, por último, los no religiosos. Estas categorías se apoyan, en parte, en los resultados cuantitativos del estudio del CIS y, en parte, en la intuición del autor, que le lleva a incluir algunos tipos que no son significativos estadísticamente pero que sí le parecen relevantes para ilustrar la variedad de posiciones de la población actual.

El autor hace suyas las aspiraciones de buena parte de la sociología de la religión que, tradicionalmente, no sólo ha descrito sino que ha participado activamente en el proceso de secularización, es decir: a) en el proceso de exclusión de las instituciones religiosas (especialmente, la Iglesia católica) de la esfera pública y del debate político sobre las leyes, en particular sobre las leyes relativas a la familia y a la educación; y b) en la pérdida de influencia, primero, de las instituciones y, después, de las ideas religiosas en la vida de las personas. Para el autor, los cambios legislativos recientes sobre el matrimonio, la familia y la educación han servido como contrapeso a la pretensión de monopolio moral de la Iglesia católica. El autor se lamenta de que estas iniciativas no solamente han tenido que afrontar la oposición de la jerarquía católica sino también la de grupos y asociaciones religiosas que califica como de carácter fundamentalista, y que considera que están refugiados en la enseñanza privada.

El Opus Dei es descrito a lo largo del texto como uno de estos grupos activos en el apoyo a las posiciones de una jerarquía eclesiástica que se esfuerza por hacer presentes las ideas católicas en el debate político y en la opinión pública. La caracterización que el libro hace del Opus Dei es poco afortunada. Por un parte, resume su espíritu en dos elementos principales (p. 86); por un lado, «una concepción jerárquica y autoritaria sobre la vida en general y religiosa en particular»; por otro, «la santificación del trabajo, de la profesión y del éxito y el elitismo». Todo ello, unido «a la más absoluta ausencia de contenido ideológico y teológico». Estas opiniones se apoyan en referencias a unos pocos puntos de *Camino* interpretados fuera de su contexto.

En la tipología de actitudes religiosas actuales, se adscribe el Opus Dei al catolicismo de logro. Se caracteriza este tipo de actitud religiosa a partir de las opiniones de un grupo de personas de «alto nivel de religiosidad que son eslabón de una cadena exitosa de transmisión de una religión católica de carácter integrista» (p. 220). Otros rasgos de este grupo, que el autor considera de carácter «ultraconservador», son: un fuerte interés por la educación de sus hijos, una educación «guiada y muy directiva,

no orientada a la elección personal libre de esos hijos», dar una enorme importancia a que el centro escolar sea de educación diferenciada. También se le atribuye falta de aprecio por el mundo de las ONGs, y poco respeto hacia las minorías religiosas y la población inmigrante, que serían vistas como un peligro cultural y religioso. Estas actitudes se deducen de las opiniones de grupos de discusión escogidos por el autor para añadir un enfoque cualitativo al análisis estadístico de los datos del estudio del CIS anteriormente citado. Un problema no pequeño de esta metodología, en lo que se refiere a la caracterización del Opus Dei, es que su fuente de información es, de hecho, un conjunto de apenas una docena de varones y mujeres, de 40-55 años, de clase media alta, que viven en un municipio de nivel social muy alto y que llevan a sus hijos a «escuelas de estudios religiosos hiperconservadores». De este modo, identifica las opiniones de este grupo de población con las actitudes del Opus Dei como institución, lo que no deja de ser un tanto reduccionista tanto cuantitativa como cualitativamente. Está claro que el autor desconoce la variedad social de los fieles de la Obra y de las actividades profesionales, culturales y apostólicas que llevan a cabo.

En cualquier caso, la descripción del Opus Dei como institución relevante en el panorama religioso español actual no es uno de los objetivos principales del libro. Se utiliza, de manera más bien esquemática, como ilustración de las resistencias que –en opinión del autor– aún quedan por vencer para hacer realidad el ideal de la secularización de la esfera pública y del debate político en España. Pero, para el autor, la secularización institucional no significa de manera necesaria (ni deseable) la secularización individual. Es decir, para el autor, «la secularización no significa la desaparición de la religión y menos aún de la religiosidad y de la espiritualidad». Eso sí, siempre y cuando la religión se ocupe de los problemas de este mundo y renuncie a encerrarse en ideologías con decreciente aceptación entre la población. Para el autor, cuando esto ocurre, no es ya la sociedad la que se seculariza sino la propia religión, que pasaría de ser una forma de pertenencia institucional a ser una experiencia desestructurada volcada hacia fines sociales.

En definitiva, la principal aportación del libro es el conjunto de datos extraído del estudio nº 2.752, de febrero 2008, del CIS. La interpretación que de ellos se hace es, sin duda, mejorable, tanto por la definición de secularización de la que parte y con la que concluye, como por el marco teórico del que depende, compuesto por conceptos excesivamente esquemáticos que reducen la comprensión de un proceso complejo y rico, a la exposición de algunas ideas populares en la disciplina pero con insuficiente capacidad explicativa.

Pablo García Ruiz